
EN TORNO AL PERDÓN

Rev. Aragón. Teol. 39 (2014)

JOSÉ M^a ANDREU

En estas reflexiones quiero hablar como cristiano y no como estudioso de la moral. Espero que sean mínimas huellas luminosas en tiempos de oscuridad, que anuncien de alguna manera nuevas condiciones humanas que todavía deben construirse.

En nuestro mundo de enemistad, cavado de escondrijos y de galerías subterráneas, en el que rige el “derecho del puño” y el “a cada uno lo suyo”, puede parecer ingenuo hablar de un amor unilateral, desinteresado. El perdón es un movimiento del alma que no existe en la psicología corriente. El perdón puro es un acontecimiento que tal vez no ha ocurrido jamás en la historia del hombre. La cima del perdón es apenas existente o, lo que viene a ser lo mismo, ícasi inexistente!

Deseo simplemente recordar la sabiduría de Dios, revelada en la Cruz de Cristo, tenida por muchos por necedad y locura. Frente a la incompreensión de los demás mi seguridad descansa en el poder de convicción de un pensamiento que proviene “Aquel que sostiene todo con su palabra poderosa” (Heb 1 3). Que el corazón humano pueda latir por su prójimo con caridad cierta, esto les parece sencillamente imposible a muchas gentes y aun lo consideran monstruoso. “Hay una cosa que no pueden comprender ni una asamblea ruidosa, ni un público altamente estimable, ni en media hora y esta cosa es el carácter de la verdadera abnegación cristiana. Para comprenderla se requiere temor y temblor, silenciosa soledad y un largo espacio de tiempo” (Kierkegaard). Así oraba S. Juan de la Cruz: “Si Tú, en tu amor, oh buen Jesús, no suavizas el alma, siempre perseverará en su natural dureza”.

1.- Dos observaciones preliminares

- El perdón no pertenece al orden jurídico, ni siquiera al plano del derecho. La sola idea de un derecho al perdón destruye el perdón. Al margen de toda legalidad el perdón es un don gracioso del ofendido al ofensor. El perdón pertenece a una economía del don, en virtud de la lógica de la superabundancia que lo articula y que es preciso

oponer a la lógica de la equivalencia que preside la justicia; desde este punto de vista el perdón es un valor no solo supra-jurídico, sino supra-ético.

El cristianismo pretende enmarcar toda experiencia humana en la perspectiva de la economía del don. Todo es gracia. La creación, el sacrificio de Cristo, fuente del perdón: “donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Rm 5, 17, 20). Todas las fuentes de la gracia brotan de la noche de la cruz de Cristo. Florezco sobre el sepulcro de Dios que ha muerto por mí; echo mis raíces en la tierra de su carne y de su sangre. Por eso el amor cristiano no puede ser de una naturaleza distinta a la suya: “Si Dios nos amó así, también nosotros debemos amarnos unos a otros” (1Jn 4, 12). El mandamiento nuevo (Jn 13, 34) revela una lógica de la sobreabundancia que se opone polarmente a la lógica de la equivalencia que gobierna la moral cotidiana.

- Un texto fundamental del evangelio de San Marcos que nos habla del conocimiento del misterio del Reino de Dios nos introduce en esta reflexión con la que intento presentar el perdón como una expresión y exigencia de la vida cristiana: “A vosotros se os ha comunicado el secreto del reino de Dios; en cambio los de fuera, todo eso lo van teniendo en parábolas” (4, 11).

El fin de la catequesis de Marcos es hacer pasar de una situación de fuera, en la que el misterio del reino aparece a través de enfoques sociológicos y fenomenológicos, pero que no se penetra en su sustancia, a la situación de dentro. En el Nuevo Testamento se encuentra con frecuencia la expresión de fuera para indicar a quien no participa del conocimiento interior del misterio del reino, o sea, de la fe. La expresión incluye no sólo a los no bautizados, sino de hecho a todos aquellos para los que los misterios del reino de Dios y de la Iglesia son todavía algo exterior, en los que no se participa desde dentro, con los que no se identifica uno, hasta el punto de que todo parece enigmático.

Es necesario entrar con valentía en el interior de este misterio para identificarse con él. S. Marcos subraya la ignorancia de los discípulos. En seis textos Marcos descubre las actitudes que impiden comprender el misterio del Reino. Reconocerlas permite al discípulo escuchar al médico Jesús, del que tienen necesidad no los sanos sino los enfermos (Mc 2, 17).

2.- Cuatro escenas

- Caín mata a su hermano Abel: “Dijo Caín a Yahvé: Puesto que me arrojas hoy de la tierra cultivable, oculto a tu rostro habré de andar fugitivo y errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará. Pero Yahvé le dijo: Si alguien matare a Caín, será siete veces vengado. Puso pues Yahvé a Caín una señal, para que nadie que le encontrara le hiriera” (Gn 4, 14-15).

- La mujer adúltera: “En la ley nos enseña Moisés apedrear a éstas. Tú ¿qué dices?... Les dijo: El que de vosotros esté sin pecado arrójele la piedra el primero... Jesús le dijo: Tampoco yo te condeno; vete y no peques más” (Jn 8, 5. 11)

- “Jesús en la Cruz decía: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34).

- La fiesta en la casa del Padre cuando vuelve el hijo pródigo: Que el padre del hijo pródigo acoja al arrepentido en su casa, es justo y se comprende. Pero abrazarlo, ponerle el mejor vestido, matar al novillo cebado y celebrar un festín en honor del arrepentido, ahí tenemos la inexplicable, la injusta, la misteriosa fiesta mayor del Perdón.

3.- Una promesa

“Yo pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo... Todos me conocerán desde los pequeños a los grandes porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados” (Jr 31 33-34).

“Os aspergeré con aguas puras y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías. Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo. Os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu y os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra. Entonces habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres, y seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ez 36, 25-28).

4.- Una realidad: “El reinado de Dios está a vuestro alcance” (Lc 17, 21).

Jesús anuncia la llegada del reino de Dios; para acogerlo es necesaria la conversión. El Reino del que Jesús habla contrasta con la realidad

humana de miserias, discordias, injusticias, de esclavitud opresora y lacerante.

Jesús quiere que los suyos formen un grupo humano que haga patentes en el mundo las relaciones de una nueva sociedad. Su comunidad debe ser el germen de una humanidad nueva. La transformación de la sociedad se efectuará mediante la comunicación de una vida (el Espíritu) que superará incluso la muerte.

La comunidad cristiana es la familia de los hijos de Dios, la nueva familia de Jesús. La nueva familia la componen todos los que están dispuestos a aceptar el Reino y hacer así la voluntad de Dios: “¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Mirando a los que estaban en torno suyo añadió: Aquí tenéis mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de Dios ése es mi hermano y hermana y madre” (Mc 3, 31-35).

La estructura contrastante del Sermón del Monte aparece en la invitación a la renuncia total a la violencia: “Os han enseñado que se mandó: Ojo por ojo, diente por diente (Ex 21, 4). Pues os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también la capa; a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos; al que te pide, dale; y al que quiere que le prestes, no le vuelvas la espalda.

Os han enseñado que se mandó: Amarás a tu prójimo (Lv 19, 18) y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos... Sed buenos del todo, como es bueno vuestro Padre del cielo” (Mt 5, 38-45. 48).

Dejemos que resuenen otra vez en nuestro corazón las palabras de Jesús del Sermón del Reino del evangelio de Lucas: “A vosotros, los que me escucháis, os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os maltratan. Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra; al que te quite la capa, déjale también la túnica; a todo el que te pide, dale y al que se lleve lo tuyo no se lo reclames... Amad a vuestros enemigos, haced el bien prestad sin esperar nada: así tendréis una gran

recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bondadoso con los desagradecidos y malvados. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc 6, 27-36).

Jesús propone un modo de vivir que refleje el modo de ser de Dios, que es amor. Si algo caracteriza a las bienaventuranzas es que son el modo de vivir de Dios – y de Jesús- y la manera de abrimos a su voluntad, renunciando al estilo del mundo. Su reino no es de este mundo y, aunque está en este mundo, no se corresponde con las estructuras de este mundo. Donde irrumpe el Reino de Dios, allí donde ya resplandece, tienen vigencia otras leyes. En las palabras de Jesús, a la simetría de la ley tradicional –ojo por ojo, diente por diente- característica de la justicia natural, se opone una asimetría: amad a vuestros enemigos. La justicia consiste en devolver al otro lo que le debo; la misericordia lo que no le debo. La misericordia da sin calcular. La ley nueva hace volar en pedazos la sabiduría y la medida de la ética tradicional. Amar a quienes nos aman, detestar a quienes nos detestan, pagar a cada uno, como merece, con la misma moneda, devolver golpe por golpe y diente por diente, eso está al alcance de las almas de hierro y de plomo. No es rebasar la justicia del talión. La gracia comienza con la demasía. Si hacéis el bien a quienes os hacen daño y si bendecís a quienes os maldicen, sin esperar nada a cambio, muy bien. En estos quiasmas se abren paso las disimetrías paradójicas, sobrenaturales y milagrosas de la caridad. Es natural saludar a los ciudadanos honorables, pero es sobrenatural saludar al borracho y al miserable que nos ha traicionado.

El mandamiento del amor (Mt 5, 43-47), que cierra la serie de las seis antítesis y constituye el vértice de ellas, indica claramente que no es uno más entre los muchos mandamientos, ni es solo un mandamiento de primera clase, sino que constituye el principio decisivo desde el que hay que juzgar y vivir la Ley del Sinaí. Desde la perspectiva del mandamiento del amor cambian todos los contenidos de la ley. El amor es la condición que caracteriza al cristiano, lo que lo identifica y distingue: “En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si tenéis amor unos para con otros” (Jn 13, 35).

La Iglesia, como sociedad contrastante de Dios, tiene la obligación de hacer visible en el mundo el orden social del sermón del monte. En eso piensa Mateo cuando habla de los discípulos como sal de la tierra, luz del mundo y ciudad sobre el monte (5, 13 ss). Las comunidades

cristianas ¿son verdaderamente sociedades contrastantes divinas en cuya forma distinta de ser puede resplandecer el Reino de Dios? ¿No ha estado la Iglesia española demasiado silenciosa entre tantas declaraciones y manifestaciones sobre el modo de tratar a personas que han hecho el mal?

Jesús invita a la reconciliación incondicional: “Siendo a presentarte tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta tu ofrenda” (Mt 5, 23-24).

Él insiste en la necesidad de perdonar siempre: Dios no perdona al que no perdona. Pedro pregunta a Jesús: “Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tendré que perdonar? ¿siete veces? Jesús le contestó: Siete veces no, setenta veces siete” (Mt 18, 21-22). La razón se expone en la parábola siguiente donde se muestra a un Dios dispuesto a perdonar aun las mayores faltas del hombre: “Por esto el reinado de Dios se parece a un rey que quiso saldar cuentas con sus empleados... El rey perdona al que le debía muchos millones. Pero el perdonado no es capaz de perdonar a un compañero suyo que le debía algún dinero... ¡Miserable! Cuando me lo suplicaste te perdoné toda aquella deuda. ¿No era tu deber tener también compasión de tu compañero como yo la tuve de ti? Y su señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda su deuda. Pues lo mismo os tratará mi Padre del cielo, si no perdonáis de corazón, cada uno a su hermano” (Mt 18, 23-35). La única petición del Padre nuestro que Jesús comenta al terminar la oración se refiere al perdón: “Pues si perdonáis sus culpas a los demás, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas” (Mt 6, 14).

El perdón no es una condición previa de la vida nueva, sino uno de sus elementos esenciales. Cristo es el Redentor, el cordero que quita el pecado del mundo. El cristiano, como siempre es perdonado, debe perdonar siempre, y perdonar por amor, como Cristo, como el Padre. Una sociedad reconciliada es imagen de Dios que reconcilia, del Dios revelado por Jesús, al que no hay que ofrecer expiación porque Él toma la iniciativa reconciliante. “En esto está el amor: no en que nosotros hubiéramos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10).

El hombre no tiene que afanarse por aplacar a Dios, por hacérselo propicio; puede estar siempre seguro de ser acogido: “cuando estábamos sin fuerzas, entonces, en su momento murió Jesús por los culpables; el Mesías murió por nosotros cuando éramos aún pecadores: así demuestra Dios el amor que nos tiene” (Rm 5, 6.8).

5.- ¿Cómo es posible?

El amor cristiano es amor recibido y ofrecido, es Su amor, el amor divino al mundo. “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5, 5). Amar con el amor de Dios es amar “como Jesús nos ha amado” (Jn 15, 12).

La fe en Jesús se encarna en una forma de vivir que reproduce la forma y el estilo de vivir que Jesús ha instaurado como realización del Reino de Dios, expresados en las Bienaventuranzas. Creer o seguir a Jesús es venir a Él, estar con Él, oír su voz, recibir su testimonio y así vivir de su misma vida. El discípulo es admitido al mundo interior de Jesús e introducido espiritualmente en él.

El seguimiento no consiste sólo en asumir una doctrina, sino en hacer propia la realidad interna de Jesús, en tener su mismo Espíritu. La comunidad de Espíritu con Jesús crea con El una comunión vital que Juan formula con la conexión de los sarmientos con la vid (Jn 15, 1-4). La Iglesia, Esposa de Cristo (Ef 5, 22-23), es el cuerpo de Cristo. La expresión sugiere la profunda unión con Cristo por el Espíritu. Los cristianos formamos el cuerpo de Cristo (1Co 12, 4-12; Rm 12, 4-13), del que el Señor es la Cabeza. Cabeza y miembros formamos un solo Cristo: “Vosotros todos sois uno solo en Cristo Jesús” (Ga 3, 28). Formamos con Cristo un solo ser, “como una sola persona mística” dirá Santo Tomás. La vida cristiana es vivir de Cristo y para Cristo. Cristo permanece siempre con los discípulos estando en ellos: “Ahora estáis en Cristo Jesús” (Ef 2, 13). Por eso “si vivimos, para el Señor vivimos y si morimos, morimos para el Señor. Sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos” (Rm 14, 7-8). Somos de Cristo pues “hemos sido redimidos a precio de la sangre preciosa de Cristo” (1P 1, 18-19) y “hemos sido bautizados en su nombre” (1Co 1, 13). El cristiano “pertenece al Resucitado de entre los muertos, para que produzca frutos para Dios” (Rm 7, 4). Pablo decía de sí mismo: “Ya no vivo yo, pues es Cristo el que vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo

de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Ga 2, 19-20). Para mí la vida es Cristo (Fl 1, 21). Jesús es la puerta de la fe (Hch 14, 27) que nos da entrada a la Vida verdadera, pues “por Él unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2, 18).

Creer en Jesús es hacerse imitador del Señor (1Ts 1, 8). Imitar al Señor significa reproducir en la vida sus gestos y palabras, “tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús” (Flp 2, 5). La adhesión a Jesús y la participación de su Espíritu hacen al hombre cada vez más semejante a Jesús. El Espíritu, la fuerza de amor de Dios mismo, identifica al hombre con Jesús y con el Padre. Dios-Espíritu impulsa al hombre desde dentro para que llegue a ser como Él. El que sigue a Jesús ama siendo uno con Él y con el Padre (Jn 17, 21-23). Somos uno con Jesús y con el Padre. Dios nos ha hecho uno consigo. Nuestro ser es su ser, nuestro espíritu está enraizado en su Espíritu. Así, amamos a los hombres “con y como” Dios, “con y como” Jesús. “Sellados por el Espíritu de Dios, nada de brusquedad, coraje, cólera, voces ni insultos; desterrad eso y toda inquina. Unos con otros sed agradables y de buen corazón, perdonándoos mutuamente como Dios os perdonó por Cristo” (Ef 4, 30-31). Se vive la fe como el crecimiento progresivo de la propia existencia en la existencia de Cristo. Ya no se trata de obedecer a Dios o a Jesús sino de ser como ellos. Ser Jesús para los demás, les pedía la madre Teresa a sus religiosas, y amar a los pobres más pobres, a los que nadie quiere.

El malvado es un pobre hombre como cada uno de nosotros, solitario como todos nosotros e infinitamente más solo todavía, un pobre hombre culpable que necesita nuestra ayuda. La propia maldad es una desdicha. Es lo que sobreentiende la maravillosa dulzura del perdón. El perdón traduce nuestra irresistible y fraternal simpatía por la miseria humana. El perdón cuchichea en voz baja: También yo soy pecador. Soy como vosotros débil, falible y miserable. Existe un principio de orgullo en el rigor de quien no perdona; rechazar el perdón es recusar cualquier semejanza, cualquier fraternidad con el pecador. ¡Compadezcámonos de la profunda desgracia de ser malvado!

El amor del malvado no es el amor de la maldad de ese malvado, sino el amor del hombre mismo, pero del hombre más difícil de amar. Cuando el amado queda completamente desprovisto de cualquier cualidad amable, cuando ninguna esperanza de enmienda está a la

vista, el amor sin razones a un amado sin atractivo es el amor a la pura hominidad del hombre, a la mismidad desnuda de su persona. El que perdona, lejos de aceptar el mal, decide negarlo por la sola pureza de su amor silencioso; lejos de amar al culpable a causa de su culpa, perdonándole a pesar de su culpa, perdona al culpable a causa de su culpa y le quiere a pesar de esa culpa. El que perdona ama al malvado que, al fin y al cabo, es un hombre, se las ingenia para reconocer al pobre hombre en ese culpable y la miseria de la condición humana en ese pecado.

5. ¿Qué debemos hacer?

Pablo quería para sus comunidades el don del discernimiento para que llegaran a “conocer la voluntad de Dios” y así poder realizar “lo que agrada al Señor”. Exhortaba a los cristianos a “no acomodarse al mundo, sino dejarse transformar con la nueva mentalidad” (Rm 12, 1-2). Caminar por la vía del discernimiento es caminar en la vida por el camino de la luz. Los hijos de la luz se contraponen a los hijos de las tinieblas que “tienen encallecido el corazón, perdida toda sensibilidad” (Ef 4, 18).

El cristiano debe realizar una verdadera metamorfosis interior que conlleva una nueva sensibilidad: “Nosotros tenemos la mentalidad de Cristo” (1Co 2, 13). A los cristianos se les pide “despojarse de la vieja condición humana, cambiar la actitud mental y revestirse de la nueva condición creada a imagen de Dios” (Ef 4, 22-23). “Despojaos del hombre viejo con todas sus formas y vestíos del nuevo que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto según la imagen de su creador” (Col 3, 9-10). “Revestíos del señor Jesús y no deis pábulo a los bajos deseos” (Rm 13, 14), porque “cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo” (Ga 3, 27). “Lo que responde a la realidad de Jesús es cambiar la actitud mental y revestirse del hombre nuevo creado a imagen de Dios, con la rectitud y santidad propias de la verdad” (Ef 4, 24). Es lo que pide Pablo para los cristianos en una de sus más bellas plegarias: “Esto pido en mi oración: que vuestro amor crezca todavía más y más en penetración y sensibilidad para todo; así podréis vosotros acertar con lo mejor y llegar genuinos sin tropiezo al día del Mesías, colmados de ese fruto de rectitud que viene por Jesús Mesías, para gloria y alabanza de Dios” (Flp 1, 9-11).

Algunas consideraciones finales:

El mandato del amor está fundado en el ser de la iglesia como cuerpo de Cristo. Como miembros del cuerpo místico nos tocamos. En cada hombre Cristo nos sale al encuentro. Detrás de cada uno está la entrega de Dios hasta la muerte; por eso posee realmente un valor eterno por Dios. “Todo lo que les hago es como si lo hiciera por él. Este es el único móvil y la alegría de mi vida: amarle y servirle a El en los pobres y oprimidos, en los hambrientos, en los desnudos, en los que no tienen casa. Obrando así proclamo el amor y la compasión de Dios por cada uno de mis hermanos que sufren” (M. Teresa).

Ninguna situación es desesperada; ningún culpable es malvado de los pies a la cabeza y hasta la médula. En la famosa entrevista el Papa Francisco nos confiesa una convicción: “Por mi parte, tengo una certeza dogmática: Dios está en la vida de toda persona. Dios está en la vida de cada uno. Y aun cuando la vida de una persona haya sido un desastre, aunque los vicios, la droga o cualquier otra cosa la tengan destruida, Dios está en su vida. Se puede y se debe buscar a Dios en toda vida humana. Aunque la vida de una persona sea terreno lleno de espinas y hierbajos, alberga siempre un espacio en que puede crecer la buena semilla. Es necesario fiarse de Dios”.

El que perdona, devolviendo el Bien por el Mal, vence el mal con el bien. El Sermón del monte, prescribiendo que tendamos la otra mejilla, parece que, en vez de nivelar el injusto saliente, lo duplica; pero, al agravar la disimetría y el desequilibrio, los sana. La justicia necesita mucho tiempo para conseguir lo que el amor logra en unos momentos.

El puente para el amor a los hermanos en el sentido de Cristo lo constituye el hecho de que Él ha realizado para cada uno lo que ha hecho por mí. En la Cruz ninguno está más lejos de Cristo que los otros. “Gracias al Mesías Jesús, vosotros, los que antes estabais lejos estáis cerca por la sangre del Mesías, porque Él es nuestra paz: Él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó la barrera divisoria, la hostilidad, aboliendo en su vida mortal la ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad” (Ef 2, 13-16).

“La inclinación a amar al hombre por amor a Dios ha de recibir su medida, su finura, su grano de sal y su partícula de ámbar de una inclinación superior: quienquiera que haya sido el hombre que por vez primera tuvo ese sentimiento y esa vivencia, y aunque acaso su lengua balbucease al intentar expresar semejante delicadeza, ¡continúe siendo para nosotros para todos los tiempos santo y digno de veneración, pues es el hombre que más alto ha volado hasta ahora y que se ha extraviado del modo más hermoso!” (Nietzsche).

“A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición” (S. Juan de la Cruz).

